

Sostenernos en la esperanza

Hola, me llamo Carme Paños y Pepe Rodado me pidió que haga este testimonio, cosa que no me es nada fácil, ya que muchas personas pueden haber pasado por situaciones parecidas y porque por mi forma de ser me cuesta expresar por escrito lo que pienso y siento, pero lo intento y espero que os sirva.

Durante más de veinte años he estado participando activamente como miembro de Cáritas y últimamente en el Consejo Parroquial en una parroquia de mi ciudad. La parroquia está en un barrio obrero y me sentía en familia y como en casa. El funcionamiento siempre había sido de trabajo en equipo, de mucho diálogo entre todos los que formábamos la comunidad y el rector era una persona más del equipo. Existían diversidades de grupos que trabajaban de forma autónoma. La mayoría de las decisiones, por no decir todas, se tomaban en el consejo parroquial dialogando y de forma consensuada. Era una parroquia viva, sencilla y participativa. La comunidad estaba muy integrada en el barrio y participaba de forma solidaria con algunas entidades sociales dedicadas a colectivos de personas vulnerables de la ciudad.

Hace unos cinco años en la parroquia en la que dedicaba parte de mi acción militante hubo cambio de párroco. Quien había hasta entonces se jubiló y llegó uno nuevo mucho más joven. Desde el principio, creo que el nuevo párroco carecía de referencias claras del lugar donde había aterrizado. Él venía de un ambiente muy diferente y parecía no entender todo lo que estaba creado en la comunidad parroquial y cómo lo vivíamos. En poco tiempo se fue deshaciendo y cambiando, de manera unilateral y sin diálogo, todo el trabajo que se había hecho por los diferentes grupos. Cambiaron todos los miembros participantes del Consejo Parroquial y en el plazo de un año no reconocíamos la parroquia. La iglesia se llenó de imágenes de santos, se cambió la disposición del altar y los bancos, se pedía dinero a los parroquianos para poder poner un confesionario y hacer un altar de piedra (el que había hasta entonces era una sencilla mesa de madera construida por un vecino miembro de la comunidad)...

Al principio yo mantenía la esperanza e intentamos dialogar y explicar al nuevo cura el sentido del porqué hacíamos así las cosas y que hasta entonces nos había funcionado bien; pero no nos sentimos escuchados. Todos nuestros comentarios

y propuestas se los tomaba como ataque personal. Nosotros veíamos que teníamos que hacer lo que él decía y sin cuestionar nada.

Toda mi ilusión y trabajo se convirtió en decepción e impotencia; no entendía cómo era posible que una persona no tuviera comprensión y caridad por nuestro trabajo y compromiso. Me sentí invitada a marchar de un sitio que consideraba mi casa y donde mantenía viva mi fe. Me sentía como oveja sin pastor. La mayoría de las personas que trabajábamos juntas nos sentíamos igual. La impotencia ante la situación nos llevó a hablar con varias personas del obispado para explicar cómo nos sentíamos, con la esperanza de encontrar algún camino de trabajo juntos y de comprensión mutua. Reconozco que nos escucharon, pero nada cambió.

Debo decir que nunca perdí la esperanza, ni sentí desfallecer mi fe. Mi oración era insistente en pedir a Jesús que me enseñara el camino que debía seguir. El estudio de evangelio también me ayudó. *“Quien no está contra vosotros, está con vosotros” (Lucas 9,49-50).*

Quería seguir celebrando la eucaristía los domingos con esa comunidad o en otro sitio, quería seguir haciendo voluntariado e implicarme con alguna acción social con gente vulnerable. La revisión de vida en el grupo me ayudó, los amigos del equipo me escucharon, acompañaron y ayudaron para emprender un nuevo camino.

Actualmente, celebro la eucaristía los domingos en una pequeña comunidad donde todo el mundo es bienvenido, respetado y donde se puede decir lo que piensas y crees. También participo de voluntaria en una entidad social de la ciudad que trabaja con las personas sin hogar. Me siento esperanzada y feliz haciendo lo que hago y como diría mi madre: “No hay mal que por bien no venga”.

Muchas gracias

Carme Paños (Grupo Badia, Zona Vallès Occidental)